

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelmas

19
La Novela Semanal Cinematográfica



El Rajá de Dharmagar

por
Rodolfo Valentino

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO MARCO BUCABRE

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A.

El Rajá de Dharmagar

Intrigante novela de emoción

Interpretada por los siguientes artistas

John Judd	Charles Ogles
Sara, su esposa	Fanny Midgley
Charles Judd	RODOLFO VALENTINO
El General	George Periolat
El Principe	George Fiel
El Nabab Ali Habu	Bertram Grassby
El Gran Sacerdote	Josef Swickard
Estéfano Van Koverl	William Boyd
Horacio Bennet	Robert Oberl
Agustín Shade	Jack Giddings
Molly Cabot	WANDA HAWLEY
El Juez Cabot	Edward Johnson
	etc.

Paramount Pictures Corporation

*

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

*Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura*

El Rajá de Dharmagar

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Muy antigua era la casa solariega que la familia Judd tenía en Daleford.

Josué Judd, persona de gran prestigio en el pueblo y aun en todo el Estado de Connecticut, era un modelo de esposo.

Sara, su leal compañera, bendecía a cada instante el día en que el Destino le deparó tal marido.

El matrimonio había llegado a la vejez sin que su amor se hubiese enfriado con el correr del tiempo.

No habían tenido hijos. El cielo no se los envió. En cambio, para compensarles esa pena, les mandó a Charles Judd, el hijo adoptivo de la feliz pareja, el cual tenía un origen misterioso

que era objeto de la curiosidad de todos los vecinos de Daleford.

El niño se había convertido en un hombre de sano cuerpo y sano espíritu, tez morena y lánguido mirar. No era como los demás jóvenes de su edad, únicamente ansiosos de distraerse. Charles se recreaba en el estudio y en procurar la dicha de los que le habían hecho desde su infancia de padres.

Jamás el viejo Josué relató a Charles cómo le fué entregado una noche en que los elementos naturales se habían desencadenado sobre la tierra en impetuosa lluvia.

Charles ignoraba, pues, quién era y de dónde venía.

Una tarde, de regreso, el viejo de sus quehaceres, y Charles de sus estudios escolares, éste divertíase, en espera de la hora de cenar, con Bobby, el dócil perro del hogar, que se había encariñado con su joven dueño.

El travieso can, revolviendo cosas en un cuarto de objetos y ropas en desuso, trajo a Charles una zapatilla, en la que el muchacho encontró una colección de rubíes y esmeraldas de varios tamaños.

Charles quedó sorprendido ante el precioso hallazgo, y su padre adoptivo, al ver que acababa de descubrirse algo que él ocultara siempre con

mucha precaución, no pudo menos de contarle el origen de esas joyas, relacionadas con su propio origen.

Al fin y al cabo Charles era ya un hombre, y no estaría de más que supiese su pasado.

El viejo Josué le llamó a su lado, así como a su amada esposa, y le habló de la siguiente manera, ensimismándose para revivir los remotos tiempos en que acaecieron los hechos que iba a referir:

—Esos rubíes te pertenecen, y los escondí la noche que llegaste a nuestra casa. Te contaré todo lo que me está permitido contarte. Hace unos quince años, una noche tormentosa, llamaron a la puerta de esta casa dos hombres de aspecto misterioso. Uno de ellos llevaba un bulto voluminoso escondido debajo de su amplia capa. Abrimos mi esposa y yo. Los desconocidos, presentándose, preguntaron por mí, y les di hospitalidad en este comedor. Me expusieron el motivo de su visita. El que llevaba algo oculto debajo de su capa descubríame lo que era, y apareciste a nuestros ojos tú, un niño de maneras muy distinguidas y con un mirar muy triste, pero resignado. Los visitantes eran el general Davi Das Gadi y el príncipe Rajanya. Traían una carta de presentación de mi hermano, que reside en Calcuta.

Dicha carta decía:

NORTON JUDD

TE, CAFÉ, ESPECIAS, YUTES

*Calcuta, 22 enero**Mi querido hermano:*

No tengo tiempo más que para ponerte dos letras a fin de presentarte a dos caballeros de toda mi confianza cuyos nombres no es prudente escribir. Ellos te darán explicaciones acerca del niño a quien acompañan. Haz todo lo que puedas por él y trátalo como si fuese tu propio hijo.

*Te abraza tu hermano**Morton*

Aquel ruego de mi hermano era sagrado, muy sagrado para mí, y atendí a los dos altos personajes indios como mejor supe, mientras mi mujer les preparaba un refrigerio en la cocina. Me mostré conforme en quedarme con el niño, y ellos me dijeron entonces: "—Nuestra precipitada salida de la India no nos dio tiempo para recoger más dinero que doce mil libras esterlinas en billetes del Banco de Inglaterra. Tómelas usted. Además, hemos traído también estas joyas, que están tasadas en ciento sesenta mil libras ester-

linas. Hágase usted cargo de ellas." Luego me enteraron de que el trono de tu padre había caído en poder de un usurpador, que le había mandado matar. Tú fuiste salvado por ellos, no sin correr un grave peligro los tres. Al traerte a mí, era para ponerte en salvo hasta que supieses guiarte en la vida. Yo les dije que estaba dispuesto a darte mi apellido y a hacer cuanto pudiera por ti hasta que llegase la hora de tu regreso a la India, contestándome tus salvadores estas palabras: "—El trono de Dharmagar le pertenece en justicia, pero sería mejor para él que no regresase jamás a la India." Aquí apareció mi esposa, y bebimos a tu salud, a la salud del que era desde aquel momento mi hijo adoptivo Charles Judd. Mi mujer, al oír esto, me miró asombrada. ¿Cómo? ¿Teníamos un niño? ¿Quién era? ¿De dónde llegaba? ¿Quién lo enviaba? Yo le dije: "—Sara, debernos proteger a ese niño; mi hermano nos lo ruega, y hemos de abrirle nuestros brazos." Y ella me contestó: "—Ses, Josué. Lo que tú digas. Seré una madre para él." Los forasteros se marcharon, satisfechos de haber cumplido su misión y agradeciéndome la buena voluntad que demostraba hacia ti. Escondí las joyas por todos los agujeros y rincones de la casa, pero no he podido evitar que descubrieses esas. Ahora ya sabes quién eres, Charles. Nos-

otros creemos haber hecho por tí cuanto escuvo a nuestro pobre alcance. Eres el heredero del trono de Dhamnagar.

Charles recordaba vagamente su entrada en el bogar de los Judd, y veíase en el sillón en que estaba sentado el viejo Josué, medio dormido por la fatiga del viaje. El momento de despedirse de sus salvadores fué triste. Saludándole militarmente, ocultando su emoción, indicándole con la mirada que no debía llorar, que debía sobreponerse a la amargura de aquella prueba por que le hacía pasar el Destino. Al cerrarse la puerta detrás de los altos personajes, dejóse caer al pie del sillón y lloró silenciosamente. ¿Qué iba a ser de él? ¿Cómo le tratarían sus padres adoptivos? Pronto se convenció de que estaba entre buena gente, y muy aprisa olvidó que era desdichado. Había encontrado unos segundos padres.

¿Qué iba Charles, ahora, a contestar al viejo Josué Judd?

El era bueno, y su réplica estuvo en consonancia con su noble carácter.

—No me importa saber quién soy ni de dónde vengo. En esta casa soy perfectamente feliz—dijo.

—Gracias, hijo mío. En esta casa habrá siempre para tí dos viejos que te querrán como si fueras de su misma sangre.

—Lo sé... y lo agradezco en el alma.

—Todo el dinero y todas las joyas que recibí, los guardo intacitos. Todo es tuyo. Y cuando ingreses en la Universidad de Harvard, no encontrarás muchos jóvenes que posean una fortuna como la tuya.

—¡Qué buenos han sido ustedes, padres, qué buenos!

Charles, para meditar en el silencio de su habitación sobre cuanto había escuchado acerca de su niñez, retiróse a aquélla, y los dos viejos se abrazaron para felicitarse mutuamente por el cariño que les profesaba con todo su corazón su hijo adoptivo.

El viejo Josué había cumplido con su conciencia revelando a Charles su origen, instigado por la carta que acababa de recibir de su hermano, y en la que éste le decía lo siguiente:

Calcuta, 6 de octubre

Mi querido hermano:

Las cosas no andan muy bien en la India, y, por si me ocurre algo, te adjunto los documentos de identidad del niño que te confió hace quince años.

Creo oportuno decirte, además, que la facultad

que tiene de preveer el futuro, así como la extraña señal que lleva en su frente, son comunes a todos los miembros de su familia.

Te abraza tu hermano

Morton

Sin embargo, el viejo Josué ocultó esos documentos de identidad de Charles en el forro de una vieja gorra que hizo desaparecer luego en un mueble del desván, para evitar, mientras él, Josué Judd, viviera, la posibilidad de que el joven Rajá regresase a la India con el intento de reclamar el trono de su padre, corriendo por tal motivo el riesgo de morir a manos del usurpador. Debía esperar órdenes para proceder en el sentido inverso. No se le habían olvidado las palabras de los salvadores del heredero: "...pero sería mejor para él que no regresase jamás a la India". Cuando llegase el momento, aquéllos, que sabían dónde estaba, lo mandarían a buscar.

En el otro extremo del mundo se alzan los nevados picos del Himalaya, en donde el tiempo no deja rastro de su paso.

A la sombra de los enhiestos picos se extiende la ciudad sagrada de Dharmagar, cuna de Charles Judd.

El usurpador, el Nabab Ali Kabu, hombre sin conciencia, que esclavizaba a su pueblo, debía su seguridad a la prolongada ausencia del legítimo heredero del trono.

Más allá de las murallas se alzaba un templo de roca, consagrado a Kishna, el dios indio del Amor.

En aquel templo vivía Narada, el gran sacerdote.

Un día, el general Devi Das Gadí, uno de los que salvaron al hijo del asesinado Marajá, se presentó en el santuario para hablar con el gran sacerdote.

Antes de que el General pronunciase una palabra, Narada, con suave entonación que daba a su figura bíblica más apariencia de realidad, le dijo:

—Ya sé por qué has venido. Deseas que te aconseje porque el muchacho ha llegado ya a su mayor edad y está próximo a abandonar la casa de su protector para comenzar sus estudios superiores.

—En efecto. ¿No ha llegado ya, gran sacerdote, el tiempo de devolverle a los suyos?

—Aun debe permanecer donde se encuentra. Escrito está cuándo habrá de regresar. Por sus venas corre la sangre de nuestro héroe, el príncipe Arjuna, y a él le fué dado el poder de leer el futuro... El contestará cuando su pueblo le llame.

Una parte del muro frente al cual estaban los dos hombres se abrió, hundiéndose en otra parte; y apareció una lápida en la que estaban grabados, en caracteres antiguos, unos hechos guerreros.

El gran sacerdote, señalando la lápida al General, continuó:

—Lee aquí las palabras santas... Escrito está aquí cómo el hermano mortal de Krishna, el gran príncipe Arjuna, luchó contra su propia alma en los campos de batalla de Kurukshetra.

El General leyó, y por su mente desfilaban los remotos sucesos como si los hubiese presenciado.

"Atormentada por la duda estaba la mente del príncipe Arjuna. De un lado, su padre, cruel, tirano, opresor del país. Del otro lado, su pueblo

que trataba de libertarse de la tiranía que le subyugaba. De pronto, en lo alto apareció Krishna, el dios del Amor, quien contemplando desde allí a su pueblo, pronunció las palabras que inclinaron la voluntad del príncipe Arjuna, y que fueron éstas: "—Por el bien de tu pueblo castiga al que le oprime". Y el arco del Príncipe lanzó dos flechas en dirección al déspota, dándole muerte. Entonces Krishna llamó a Arjuna, y al tenerle a su lado, le dijo: "—En premio de lo que has hecho te doy el don de leer el futuro, y todos los hijos de los hijos que vengan después de ti, llevarán la huella de mi dedo en su frente". Tocóla Krishna con el meñique de su diestra la frente a Arjuna, y quedó en la morena piel de éste un círculo blanco de un centímetro de diámetro aproximadamente. Mientras la paz reine en Dharmagar y la mano del usurpador no caiga sobre los sacerdotes de Krishna, el muchacho deberá seguir donde está.

Habían pasado cuatro años desde que Charles había sabido su origen, y aquel era el día de la famosa regata entre los equipos de las Universidades de Harvard y Yale, respectivamente.

Cerca de la línea de la meta, a cuatro millas de distancia del punto de partida, estaba el yate de Beekman Van Kover.

Estéfano Van Kover, alumno de último curso de la Universidad de Harvard e íntimo amigo de Charles, estaba en el yate con numerosas amistades de ambos sexos.

—¡Harvard va a ganar la regata! ¡Charles me lo aseguró!—dijo Estéfano enorgullecíendose de antemano de tal acontecimiento.

—Judd tiene unos músculos de acero y unos ojos tan magnéticos... que no es posible que su equipo pierda—opinó una señorita enamorada del amor.

Agustín Slade, condiscípulo de Estéfano, encogió de hombros y dijo, a su vez:

—Judd pertenece al equipo por casualidad.

Algunos iban a pedir el significado de esas pa-

labras, pero Horacio Bennett, primo y condiscípulo también de Estéfano, encargóse de añanzar la declaración de Agustín Slade.



Habían pasado cuatro años desde que Charles había sabido su origen...

—Lo que pasa—manifestó—es que Judd tiene tanto dinero que puede comprar todo lo que se le antoja.

En el mar de esmeralda la lancha en que iba Charles forzaba la meta en primer lugar, consiguiendo entre atonadores vitores la anhelada victoria. Los ocupantes del yate de Van Kover, excepto Horacio Bennett y Agustín Slade, saludaron a los vencedores, y particularmente a Charles.

Unas horas más tarde, el equipo vencedor y sus amigos celebraban la victoria en una comida íntima.

A la hora de los brindis, Estéfano levantó su copa y pronunció:

—A la salud de Charles, a quien se debe principalmente la victoria.

Todos los comensales se levantaron instantáneamente, a excepción de Bennett y Slade.

Estéfano les hizo una leve indicación para que imitasen a sus amigos, y entonces Slade, dominado por un odio invencible hacia Charles, respondió:

—¿Yo beber a su salud? ¡Yo no bebo a la salud de los que compran su puesto en el equipo!

Estéfano se indignó ante tales palabras, también pronunciadas, aunque algo veladas, en el yate, y se dispuso a exigirle a Slade una explicación en nombre de su buen amigo Charles; pero éste, sin alterarse, miró a los ojos al que de

tan inicua manera lo acusaba delante de todos, y le dijo:

—Bien sabes que lo que dices no es verdad.

Pero Slade, todo a su rencor, acercóse a Charles, y después de despreciarlo con un gesto y una mirada de repulsión, dijo aún:

—Yo sólo brindaré de esta manera.

Unió la palabra al gesto, y el rostro y la alba pechera del *smoking* de Charles se tiñó de vino, pues Slade le arrojó furiosamente el que contenía su copa.

Todos temieron que Charles se erguiría en defensa del agravio que le acababa de inferir su enemigo, pero, ante el asombro general, el ofendido limitóse a limpiarse el rostro y a adoptar un aire de pesadumbre. Su conciencia no tenía que reprocharle nada, y no era conveniente llevar las cosas a un terreno que podría ser causa de lamentables consecuencias. Para los espíritus rectos, su conducta merecería todos los elogios, y Slade mismo no podría menos de reconocer su falta, motivada únicamente por la envidia.

Pero Slade estaba cegado y no se movía del extremo de la mesa, a pocos pasos de Charles.

Uno de los comensales levantóse y trató de llevarse fuera a Slade, diciéndole sin diplomacia alguna, conforme a la verdad nada más:

—Déjate de tonterías, Slade... Judd te echó del equipo porque es mejor que tú.

La buena intención del amigo no fue más que un acicate para la cólera de Slade, que continuó en sus agravios a Charles.

—¿Mejor que yo? Judd es un cobarde... y un tramposo—dijo.

Hasta allí Charles se mantuvo en una actitud excesivamente noble; pero a tal extremo había llegado la grosería de Slade, que no pudo contenerse más, derribándole de un fortísimo puñetazo.

Slade cayó al suelo aparatosamente, y varios amigos le ayudaron a incorporarse, apaciguando su exaltación, a fin de evitar que la empezada riña continuase.

Charles estaba apenado. Aislóse junto a la ventana del amplio comedor, fijó sus ojos en la naturaleza que se ofrecía espléndidamente verde y exuberante en el vasto parque de la Universidad.

De pronto Charles presintió un gran peligro, y al apartarse ligeramente de la ventana, cuyas vidrieras estaban cerradas, Slade, que se dirigía recto a él, sin poder impedírselo nadie, con una silla en alto, para descargársela sobre la cabeza, falló el golpe, puesto que Charles acababa de cambiar de sitio, y rompiendo los cristales de la ventana, Slade, por causa del impulso que lle-

vaba, no pudo asirse a ninguna parte y cayó al jardín, matándose en el acto.

Un grito de horror escapó de todos los pechos, y Charles, emocionado, tapóse el rostro en sus manos, aterrado por el cumplimiento de su inspiración.



Algún tiempo después, en Long-Island, en la casa de campo de Van Kovert, se celebraba una fiesta de trajes.

Entre los invitados figuraban Charles y Horacio Bennett, el primo de Estéfano Van Kovert y enemigo de Charles por creerle verdadero responsable de la muerte de Agustín Slade.

Charles se había disfrazado de magnate indio, causando admiración la riqueza y propiedad de sus vestiduras.

Horacio Bennett, aunque no se sintió nunca guerrero, lucía un uniforme de cruzado.

Estéfano, para confirmar que era amigo de la paz universal, se había transformado por aquella noche en Enrique IV.

En medio de la fiesta apareció un rostro gentilísimo del que era dueña una linda señorita disfrazada de Princesa. La acompañaba un voluminoso señor vestido de magistrado supremo que daba muestras de aburrirse una barbaridad.

Bennet, al fijarse en ellos dijo a su primo Estéfano:

—No sabía que Molly y su padre habían regresado ya de Europa.



Charles se había disfrazado de magnate indio...

Y corrió al encuentro de los que tanto celebraba ver.

Presentó sus más rendidas respetos a Molly y saludó a su padre, el juez Cabot; y mientras éste se quedaba en un saloncito, para quitarse la

peluca, que le asfixiaba, y fumar tranquilamente, alejose con la hermosa joven hacia la pieza inmediata al jardín de la finca.

Después de hablar de cosas triviales, Bennett entró de pleno en un asunto de alta trascendencia para él.

—Molly, quiero que me contestes a *aquella* que te pregunté. ¿Te acuerdas de que me lo prometiste?

—Horacio, por favor... Espera hasta que haya terminado el verano—respondióle ella, evasiva.

Molly contemplaba en aquellos momentos a uno de los invitados a la fiesta cuya presencia había llamado poderosamente su atención, llegando a antojársele un personaje importante, misterioso.

Bennett advirtió el interés de Molly por el invitado, y sin reprimir su enojo le preguntó:

—¿Acaso te gusta ese Rajá de guardarropias?

—Has adivinado que le estaba mirando. Baila muy bien. Sus maneras son muy distinguidas. ¿Quién es? ¿Se trata de un sacerdote indio o de un poeta persa?

—No es ni una cosa ni otra! Es un campesino de Connecticut, y se llama Charles Judit.

—No lo parece, a fe...

—En la Universidad tuvo muchos líos... y él fué el responsable de la muerte de Agustín Slade.

—¿Mató a alguien? ¡Qué horror!

Atortunadamente para Charles, Estéfano oyó la calumnia de Bennett, y acercándose a su primo y a Molly, dijo gravemente:

—Horacio, veo que no desperdicias nunca la oportunidad de pintar el carácter de Charles con los más negros colores.

Bennett separóse de Molly con un pretexto cualquiera, para no tener que escuchar los elogios que Estéfano se disponía a hacer a aquella de Charles, y el buen amigo de éste puso en claro noblemente la verdad de lo acaecido el día del banquete en celebración del triunfo en las regatas del equipo de la Universidad de Harvard.

—... y si Charles no hubiese adivinado que corría peligro y no se hubiera apartado de la ventana, Slade le habría matado—terminó.

Molly le había escuchado con profunda emoción y también con irreprimible temor. La aureola que rodeaba a Charles le parecía muy poco tranquilizadora.

Casualmente, Charles vino a pasar cerca de Estéfano y Molly con una mascarita deliciosa representando un conejo. Por galantería, Charles la acompañaba al jardín, para gozar juntos de la bella noche coronada de infinitas estrellas.

Estéfano dejó sola un momento a Molly, y como quiera que un invitado fué a reclamar a la

mascarita que estaba con Charles en el jardín, pues le había comprometido el baile que iniciaba la orquestina. Charles entró en la casa, tropezando con Molly, que se había levantado para ver precisamente lo que haría, solo, el amigo de Estéfano.



Charles miró con extraordinaria extrañeza a Molly, y ésta, al sentir...

Charles miró con extraordinaria extrañeza a Molly, y ésta, al sentir sobre sí la mirada escrutadora del extraño personaje, dió un paso hacia

atrás, sin poder, a pesar de todo, sustraer sus ojos a los del desconocido.

La sorpresa de ambos jóvenes duró unos instantes; tras de los cuales Charles saludó sonriente a Molly y se aprestó a reintegrarse al salón en fiesta.

Pero Estéfano, regresando en aquel momento, detuvo a Charles y acercándose con él a Molly, aun no repuesta de la emoción que experimentó al enfrentarse con Charles, hizo las presentaciones de rigor:

—La señorita Molly, una amiga encantadora... Charles Judd... mi mejor amigo.

Charles besó la mano de Molly y le rogó le concediera el placer de bailar con ella, no pudiendo negarse a ello la requerida.

La música exhalaba el ritmo de un vals boston. Charles y Molly trenzaron la danza impecablemente.

Paulatinamente Molly fué tranquilizándose, y al finalizar el baile aceptó aislarse con Charles en el jardín.

En tanto, el juez Cabot recibía una alegría en medio de su mal humor. Acababa de entrar en el saloncito donde él fumaba tranquilamente un amigo al que no había visto desde hacía mucho tiempo.

—¿Es posible? ¿Usted aquí? ¿Dónde ha es-

¿tanto usted metido estos últimos años?—preguntó el juez al reaparecido amigo, estrechándole calurosamente la mano.

—¡Caramba, Juez! ¡Qué sorpresa! Estoy ejerciendo la medicina en Daleford. He venido a pasar unos días por aquí acompañando a Charles Judd.

—¿Quién nos lo iba a decir! ¡Me alegro, hombre, vaya si me alegro! ¿Y qué, qué tal me encuentra usted?

Mientras seguían hablando los dos viejos amigos, Charles y Molly vivían un momento encantador.

—¿Por qué se sorprendió usted antes, cuando me conoció?—preguntó Molly, intrigada.

—Porque la había visto a usted antes... en sueños. ¿Cree usted en ellos, señorita Molly?

La brusca, aunque suave, declaración, causó extraño efecto en Molly.

—Los sueños son una fantasía, y las fantasías suelen engañarnos...—pudo decir.

—Pero son tan dulces, tan llenas de ilusión ciertas fantasías, que no hemos de pensar nunca en que pueden ser falsas. Y por lo que a nosotros se refiere, no sé por qué me parece que usted y yo vamos a ser muy buenos amigos, señorita Molly.

Para Charles la vida se había limitado al afecto de sus padres adoptivos. El amor, el ver-

dadero amor no había llamado aún a las puertas de su corazón. Pero le había bastado ver a Molly para sentir, imperiosas, esclavizantes, esas il-



—¿Por qué se sorprendió usted antes...?

dades. Molly era su ideal, la mujer que se sueña, que se busca, que no siempre se encuentra.

Llevado de su romanticismo, Charles miró fijamente a Molly, con tanta obstinación, que ella, ruborizada por el escrutador examen suyo, y recordando—al pasar Horacio cerca de ella en aquel momento, reprochándole, con el gesto, que estuviese sola con él—que Charles mató a Slade,

decidió apartarse de su lado y no volverle a ver.

—Se está haciendo tarde... Tengo que ir a buscar a mi padre—pretextó.



—Se está haciendo tarde... Tengo que ir a buscar a mi padre.

Charles no dejó de ver en las miradas que Molly le dirigía al despedirse, que tenía ciertos recelos. Indudablemente él no le inspiraba a ella la misma confianza que ella a él apenas vista.

Al reunirse con su padre, Molly, muy nerviosa, agitada por mil pensamientos, le dijo:

—Papá, me siento muy fatigada. ¿Quieres que nos vayamos?

El juez presentóla al amigo doctor, y respondió a su hija:

—Mi amigo, el doctor Fettiplace, me ha estado hablando de Daleford... Un sitio delicioso para pasar el verano. Iremos hasta allí para ver qué tal es ese pueblo.

Molly asintió con el gesto, sorprendiendo esa escena Charles, cuyo pecho se ensanchó al oír que la exquisita mujer y su padre decidían visitar su pueblo y al pensar que, visitándolo, se quedarían todo el verano, porque era digno de ello el pintoresco lugar donde transcurrió su infancia.

A poco Molly y su padre salieron de la casa, no sin que Charles hubiese acechado el paso de ella por el *hall*, para saludarla con profunda reverencia.

El doctor Fettiplace dijo luego a Charles, sin hablarle de lo convenido con el padre de Molly:

—¿Quieres que regresemos mañana mismo a Daleford?

—Sí. En ninguna parte soy tan feliz como allí—respondió Charles.

Y pensaba en Molly, a la que le tardaba volver a ver.

En Daleford, Charles hacía la vida tranquila del hombre de campo.

Aquella mañana Molly y su padre tomaban posesión de la casita que habían decidido alquilar por todo el verano, encantados del lugar.

Si les había gustado tanto la casita era porque estaba aislada de las demás. De este modo no tendrían la obligación de tener tratos con los vecinos. Vivirían tranquilamente.

Lejos estaba Molly de sospechar que Charles vivía en el pueblo. Y por tal razón su sorpresa fué inmensa al verle llegar a caballo cuando el doctor Fettiplace le confirmaba que el vecino más cercano estaba a media milla de distancia.

Al ver a Charles, que se detuvo al pie de la verja, para saludar a Molly y ser presentado al Juez, dijo el doctor.

—¡Ah! Perdóneme, señorita Molly. Me olvidé de decir a usted, que ya le conocía, que mi amigo Charles Judd estaba también aquí.

Charles ofrecióse incondicionalmente al Juez.

y fingiendo no advertir la turbación que se apoderó de ella, dijo a Molly en voz queda:



En Daleford, Charles hacía la vida tranquila del hombre de campo.

—Haré lo posible por ser un buen vecino, señorita.

Pasaron algunos días.

Molly no pudo negarse a las atenciones del respetuoso Charles, y salía casi todas las mañanas a dar un paseo a caballo.

A medida que su amistad aumentaba, Charles

iba dominando el prejuicio que Molly sentía contra él.

Pero Horacio se interpuso en el camino de su felicidad, mandando a Molly esta carta:

Mi querida Molly:

¿Es verdad lo que me han dicho acerca de ti y de Charles Judd? Por supuesto que, después de lo que te han contado, estoy seguro que nada hay en ello de cierto. No olvides que en septiembre iré a recoger la respuesta que me prometiste.

Siempre tuyo

Horacio

La lectura de esa carta hizo renacer en Molly sus antiguos temores, y necesitada de confiar a alguien sus cuitas, acogióse a la idea de trasladarse a la ciudad.

Charles hablaba con el Juez cuando Molly le pidió permiso para marcharse.

—Papá, aquí me estoy poniendo muy nerviosa. ¿Me dejas ir a Boston a pasar unos días con la tía Alicia?

—Como quieras, hijita. Comprendo perfectamente que esta calma no es tan agradable para ti como para mí.

Molly agradeció la autorización del Juez, y al volver al interior de la casita se cruzó con Charles, al que no se atrevió a mirar.

Durante la ausencia de Molly, Charles hizo frecuentes visitas al Juez.

Una tarde, Charles era portador de un ramo de flores, que dejó encima de la mesa donde había el retrato de Molly.

El Juez, extrañado, le preguntó:

—¿Para quién es ese ramo? Molly no regresará hasta dentro de quince días.

—¿Dentro de quince días? ¿No sabe usted que llegará hoy en el tren de las ocho?

El señor Cabot creyó que Charles bromaba, y como éste insistiera, le dijo:

—¿Está usted loco, Charles? Si mi hija llegara a las ocho, habría ido yo a esperarla, pues están ya a punto de dar.

Charles no esperó a más y partió en dirección a la estación.

El Juez, desconcertado, se repetía que Charles estaba loco, pero su criado, un viejo de confianza, le desconcertó aún más, diciéndole:

—El señor Charles no se equivoca nunca. Cuando su padre adoptivo plantó estos rosales,

creyó que las flores serían rojas, pero el señor Charles dijo que serían blancas, y blancas son.

Un poco después Charles regresaba en su *auto* llevando a su lado a Molly. El viejo criado al verles detenerse frente a la casita, dijo al Juez, sonriendo:

—Aunque parezca mentira, el señor Charles sabe leer el futuro.

Aquello le parecía al señor Cabot una inteligencia entre su hija y Charles. No podía concebir otra cosa.

Apenas Molly entró en la casa, se echó al cuello de su padre, y como le extrañara que no hubiese ido a esperarla, le preguntó:

—Papá, ¿no recibiste mi telegrama?

—Sí, ¿eh?—respondió el Juez—. ¿De modo que aun pretendes burlarte de mí, hijita?

Molly, viendo que las miradas de su padre iban dirigidas alternativamente a ella y a Charles, comprendió el alcance de sus palabras, y dijo a Charles muy seria:

—¿No es verdad, señor Judd, que no mandé a usted ningún telegrama diciendo que venía hoy?

—Verdad es, señorita Molly. Yo no he recibido de usted ni carta ni telegrama anunciándome tal cosa.

—¿Pues cómo supo usted que Molly venía?—interrogóle el Juez.



—¿No es verdad, señor Judd, que no mandé a usted ningún telegrama diciendo que venía hoy?

—Es difícil explicarlo, pero el caso es que, desde muy niño, suelo imaginarme que van a suceder ciertas cosas... y suceden.

—Y, claro, no podía menos de adivinar que Molly llegaba hoy, ¿verdad? Ya, ya...

—No me gusta hacer trabajar a mi espíritu...—continuó Charles—. Pero esta tarde sentí una inquietud extraña y al poco tiempo vi el tele-

grama que acaba de entregar a usted su criado y que acaba de recibirse ahora mismo.

En efecto, el criado entregaba al Juez el telegrama a que hacía alusión Molly y que había llegado más tarde de lo que ella creyera; y cuyo texto era el siguiente:

James Cabot—Daleford, Conn.—Tía Alicia tuvo que salir precipitadamente de la ciudad. Saldré tren mediodía. Llegaré tren ocho tarde

Molly.

Sin embargo, el Juez, no creyendo en el don adivinatorio de Charles, continuó la broma:

—Me parece muy ingenioso ese cuento tártaro. ¿Quién de los dos lo ha inventado?

Charles, gravemente, confirmó al padre de Molly cuanto le había dicho, y en forma que no dejaba lugar a dudas.

—No esperaba que me creyese usted, pero es verdad todo cuanto le he dicho.

El Juez y Molly miraron atónitos a Charles, y el primero declaró tras breve pausa:

—Ya comprenderá usted que su caso es extraordinario.

Charles se disponía a salir de la casa, después de cumplida su misión de saludar a Molly, y el

Juez le detuvo en la puerta, preguntándole lleno de curiosidad:

—¿Tendría usted inconveniente en someterse a una prueba?

—Si ello hace falta para que usted me crea...

—Es un capricho, señor Judd.

—Pues estoy a su disposición.

—Muchas gracias. Vamos a ver, ¿Qué hará yo mañana al mediodía?

Charles se ensimismó, apretóse las sienes con sus manos, y la luz se hizo en su espíritu, brillando en su frente la circunferencia blanca heredada de generación en generación desde el príncipe Arjuna como premio del dios del Amor.

Y Charles explicó lo que presentía:

—Mañana al mediodía estará usted enfrente de la Iglesia y le tropezará un chiquillo que llevará corriendo una cometa de papel. Después saldrá el Rector de la Iglesia y le estrechará la mano.

Aquello era asombroso. El Juez sudaba, y tocó la frente de Charles, para cerciorarse de que no estaba delirando. Y hubo de rendirse a la evidencia de su extraordinario don.

—Joven—le dijo—, ha leído usted mi pensamiento. Tenía pensado hacer mañana una visita al Rector de la Iglesia y ahora tendré buen cuidado de no visitarle mañana.

—Yo he tratado muchas veces de poner los medios para que mis profecías no se cumplieran, pero siempre he visto frustrados mis proyectos—respondióle Charles.



El Juez sadaba, y tocó la frente de Charles, para cerciorarse de que no estaba delirando.

—Pues yo le aseguro que mañana no voy a la Iglesia. De todos modos no olviden los dos, usted y mi hija, que están en entredicho hasta mañana al mediodía, en que sabré si se han burlado o no de mí.

Al día siguiente, a las doce, el juez Cabot no-

taba que le ocurría algo extraño. Quería regresar a su casa y sus pies se resistían a moverse en tal dirección. En cambio parecían querer volverse del lado de la Iglesia, de la que aquél no estaba lejos. Hizo un esfuerzo, pero fué inútil. Y pronto se dió cuenta de que sus movimientos estaban a merced de una fuerza más poderosa que su voluntad.

Y no pudo menos de ir a la Iglesia, en la que, apenas llegado, le tropezó un chiquillo que llevaba en la mano corriendo una cometa de papel. Sudoroso ante la asombrosa realidad, el Juez ayudó al niño a ponerse en pie, le acarició, y luego vió acercársele el Rector, que le estrechó la mano. Temblando, presa de una angustia jamás sospechada, despidióse en seguida, bruscamente, del cura, para entrevistarse al momento con Charles a fin de darle la razón.

Molly había ido a la casa de los Judd, y se hallaba en aquellos momentos en las habitaciones de Charles destinadas a los estudios y en las que todo acusaba el origen indio de su dueño. Los muebles, los tapices y las joyas eran auténticos de su remoto país. Incluso había allí un cachorro de tigre, con el que Charles hacía buenas migas.

—Papá me dijo que viniera a decirle que su profecía no lleva trazas de cumplirse—informó Molly a Charles.

— Esperemos aún, señorita. Sería la primera vez que me equivocase.



Incluso había allí un cachorro de tigre, con el que Charles hacía buenas migas.

Charles enseñó a Molly todos los objetos de arte de su pertenencia, y al detenerse la joven ante el templo, en miniatura, de Krishna, el dios del Amor, en cuya parte delantera había suspendido Charles un medallón rematado de una esmeralda inestimable, él, abriendo dicha joya, le dijo:

— Este es el retrato de mi madre.

Molly contempló unos instantes a la hermosa

mujer que apareció al abrirse el medallón, y preguntó, un tanto sorprendida:

— ¿Era una mujer europea?

— Ya lo ve usted...

— Pues usted no puede negar que es un verdadero hijo de la India. Parece que le veo en este momento, con su turbante y sus collares de perlas, rodeado de docenas de jóvenes esclavas prontas a cumplir sus mandatos.

— Sólo existe una mujer en el mundo a quien tendría a mi lado, para que fuera, no esclava, sino Princesa.

El Juez interrumpió con su llegada, el idilio.

— Hablando seriamente, ¿juraría usted que no me hipnotizó para obligarme a hacer lo que predijo?— preguntó a Charles, no repuesto aún de su sorpresa y cansado por la carrera que emprendió desde la iglesia hasta su casa.

— Nunca he intentado hipnotizar a nadie.

— Pues me declaro vencido, completamente vencido. ¡Qué asombro!

...

El usurpador del trono del joven Rajá trataba, en vano, de sobreponerse al terror que le inspiraba la posibilidad de que se sublevaran los partidarios de aquél.

Almad Beg, el Primer Ministro del usurpador, entrevistóse a solas con el magnate, y le dijo cautelosamente:

—Alteza, nuestro agente de Calcuta acaba de mandarnos este periódico americano. Leer este artículo.

El Nabab leyó ávidamente el texto que le indicaba su Primer Ministro, y que era el siguiente:

UNA TRAGEDIA EN LA UNIVERSIDAD DE HARWARD. UN ESTUDIANTE MUERTO EN RINA

AGUSTÍN SLADE MUERE A CONSECUENCIA DE UNA CAÍDA DESDE UNA VENTANA, EN EL INSTANTE EN QUE SE DISPONÍA A ATACAR A CHARLES JUDD. LOS TESTIGOS ASEGURAN QUE JUDD NO TUVO CULPA ALGUNA

(De nuestro corresponsal especial).

Cuando Agustín Slade se disponía a dar un golpe con una silla contra su condiscípulo, perdió el equilibrio y, chocando su cuerpo con fuerza contra los cristales de una ventana, fué a estrellarse en el parque.

El periódico daba además todos los detalles de lo acaecido, declarando, finalmente, inocente a Charles de la muerte de Slade.

El extenso artículo publicaba los retratos de Slade y Charles, respectivamente.

El Primer Ministro, señalando al Nabab el retrato de Charles, preguntóle:

—¿A quién se parece ese muchacho que se llama Judd? ¿Recuerda Vuestra Alteza que Morton Judd, el comerciante en Te, Café, Especies y Yutes, era amigo del difunto marajá Sirdir Sing?

—En efecto... En efecto...

—Este debe ser el hijo de Sirdir Singh, que, salvado cuando Vuestra Alteza subió al trono, debió ser protegido por ese Judd, que era americano y tenía familia en América.

—Tienes razón, Ahmad Beg... ¿Qué me aconsejas?

—No os preocupéis, Alteza... El joven Rajá no regresará jamás a la India.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevaré algunos hombres de mi confianza a América, y cuando le encontremos...

Para Narada, el gran sacerdote, no existían secretos. Avisado del peligro por el dios a cuya veneración consagraba su vida, llamó a sus mejores fieles y les dijo:

—¡Ha llegado la hora! ¡Tengo que regresar al mundo! El usurpador desca la muerte del joven Rajá y de todos los que esperan su regreso... ¡Habrá derramamiento de sangre!

• • • • •

En Daleford ocurría un acontecimiento que

Charles no había previsto. Molly había recibido un telegrama de Horacio Bennett anunciándole su llegada para aquella mañana. La proximidad de su pretendiente avivó en la joven sus recelos contra Charles. Era extraño lo que sucedía en su ánimo. A veces se aseguraba que amaba a Charles, y otras veces renunciaba a quererle. Indudablemente, las calumnias que contra él había lanzado Bennett y el misterio de que estaba rodeada la vida de Charles habían influido enormemente en ella hasta el punto de engañarse a sí misma.

El Juez, ante la aparente alegría de Molly al recibir la noticia de la llegada de Bennett, comentó no sin embarazo:

—Creía que había otro joven a quien querías más que a Horacio.

A lo que ella, para justificarse, repuso:

—Papá, no me casaría nunca con un hombre que no fuese de mi raza, por mucho que le quisiese.

Sin haberlo buscado, los dedos de Molly tropezaron en un libro de máximas, y lo abrieron a una página en que había, entre otras, la siguiente:

No hay que juzgar a los hombres por el color de su piel, o por el idioma que hablan, sino por su bondad y por su inteligencia.

Ese consejo hizo vacilar un poco a Molly, pero se echó al punto, no pensando en más que

en Horacio y en la respuesta que le había prometido para aquellas fechas.

Horacio no estaba muy seguro de que Molly le quisiese, y cuando ella le aceptó el anillo de compromiso, al repetirle su declaración de amor en un solitario lugar del magnífico campo, recibió al propio tiempo que una sorpresa una gran alegría.

Charles apareció en el camino, cuando Molly regresaba a su casa, y al saludarla, trató de detenerla a hablar con él, negándose precipitadamente ella.

—¿Qué le pasa a usted, Molly?—preguntóle Charles con suma extrañeza.

Horacio, que no andaba lejos, vió a Charles "molestando" a Molly, y lo abordó rápidamente, diciéndole:

—Judd, quiero que dejes tranquila a mi futura esposa.

—¿Tu futura esposa?

—Sí; y te prohibo que te relaciones con ella. Todavía no he olvidado que asesinaste a mi mejor amigo.

Charles perdió la serenidad, agitada su calma por las crueles palabras de Bennett, y su mano diestra le enroscó el cuello a guisa de dogal, y lo derribó contra un árbol.

—¡Esto ya lo has dicho demasiadas veces y

vas a rectificar ahora mismo!—gritóle entonces fuera de sí.

Molly, que oyó el rumor de la disputa, se detuvo en el camino.

Considerándose perdido, pues estaba a merced de Charles, Horacio, oyéndolo Molly, rectificó su calumnia, rehabilitando a aquél a los ojos de ella, que no fué vista por ninguno de los dos hombres.

Charles, satisfecho de haber dado una lección a su enemigo por envidia, como lo fué el difunto Slade, continuó su camino; pero Horacio, cobarde y vengativo, le arrojó desde lejos una piedra, que alcanzó a Charles en la frente, derribándole en tierra.

Molly vió la horrible escena, y cuando Horacio se acercó al herido, temblando ante la suposición de que había cometido un crimen, ella, Molly, de cuyos ojos acababa de caer la venda que oscurecía, a su pesar, en su mente, el rostro de Charles, recriminó al cobarde su infamia y le devolvió el anillo de compromiso, obligándole a huir para librarse de la acción de la justicia.

Conducido a su casa por las gentes que Molly llamó en su auxilio, Charles fué asistido inmediatamente por el doctor amigo, al que, aunque la herida no era de gravedad, intranquilizaba el estado de agitación del herido.

Molly no se apartó del lecho de Charles, quien, al verla a su lado, sonrió, no pensando en su dolor, y le dijo, estimulado por el amor que ¡al fin! leía en sus ojos:

—Molly, si fijas la fecha de nuestra boda quedará tranquilo... Pero fijala para una fecha próxima.

Ella señaló el 21 de diciembre, pero Charles protestó y le hizo aceptar como buena la fecha del 4 de noviembre.

El juez y el doctor, que sorprendieron la amorosa escena, dejaron a solas a la pareja, felicitándose de que el enfermo supiese pedir la medicina que había de curarle.

Charles tenía motivo de estar feliz, de no desear ya otra cosa en la vida. Sin embargo, con la felicidad al alcance de su mano, sentía un temor extraño, y con él la antigua tentación de mirar al futuro. Y ensimismándose para consultar el porvenir, vió ¡oh fatalidad! como el día 3 de noviembre el Primer Ministro del Nabsab de Dharmagar lo mandaba asesinar.

* * *

Un grupo de indostánicos alquiló una solitaria finca, para espiar de cerca los movimientos de sus vecinos.

Un día, próximo ya el fausto acontecimiento, Charles y Molly colocaban en un baúl, en el desván del hogar de los Judd, los regalos de boda.

Revolviendo cosas Charles encontró la gorra en que su padre adoptivo ocultara los documentos que acreditaban su derecho al trono de Dharmagar, y entre los documentos había un libro de leyendas de la India. Charles hojeó el librito, y con Molly leyó la siguiente:

El marajá Sirdir Singh, casado con una Genovesa italiana, tenía un sorprendente conocimiento del futuro, que intrigaba a los hombres de ciencia.

Este don profético lo tuvo, en primer lugar, el héroe de la Shagova-Gita, el príncipe Ariana, quien se dice recibió en su frente la huella de un

dede de Krishna, el dios indio del Amor; luego se transmitió dicha don por herencia a los descendientes de Arjuna...



Charles hojea el librito, y con Molly leyó...

Molly miró la frente de Charles, vió en ella la huella a que se refería la leyenda, y abrazándole le dijo:

—Charles, ¿verdad que no te importan los tronos de la India? Nuestra felicidad la encontraremos aquí.

Charles no contestó. El presentimiento de su muerte le obsesionaba.



—Charles, hace unos días que no pareces el mismo de antes. ¿Qué te pasa?

—Charles, hace unos días que no pareces el mismo de antes. ¿Qué te pasa?—le dijo Molly intrigada, al volver a sus habitaciones orientales.

Charles evitó decirle la verdad, y al reunírseles el Juez, se despidió de ella, besándola, pues su madre adoptiva, apareciendo también, la llamaba, para presentarla a unos amigos.

Y al quedar a solas con el Juez, Charles reveló su presagio.

Tengo motivos para creer que no llegaré a ver nunca el día de mi boda.



Charles contó decirle la verdad, y al reantrastes el Juez, se despidió de ella...

—Por qué, Charles, tienes ese temor?—inquirió intranquilo su futuro suegro.

—Porque preveo mi asesinato para la víspera del día de mi boda.

Un mozo que acababa de llevarse el baúl cargado de regalos, para facturarlos con otras cosas

a Nueva York, donde residirían, una vez casados, Molly y Charles, se detuvo junto a la puerta de las habitaciones de éste, y escuchó lo que decían en el interior. El mozo en cuestión era el Primer Ministro en persona.

El Juez reflexionó unos momentos sobre el augurio de Charles, y luego exclamó, animándole:

—¡Valor, Charles, y déjate de pesimismo! ¡Estamos en América, y aquí no suceden esas cosas! Se me ha ocurrido una idea. Nuestro amigo común el doctor, tiene un sanatorio particular cerca de aquí... Si ingresas en el secretamente ese día, estarás perfectamente custodiado y tu profecía no podrá cumplirse.

La idea fué aceptada por Charles, pero el Primer Ministro sabía demasiado...

El día tres de noviembre, Charles ingresó en el Sanatorio, en el cual pudo introducirse uno de los hombres a las órdenes del Primer Ministro.

Molly preguntó al Juez por Charles, que había desaparecido misteriosamente de su casa y del que sus padres adoptivos no sabían nada.

—Las jovencitas no deben ser tan preguntonas, hijita... No te preocupes. No ha huido por no casarse contigo. Te quiere demasiado para hacer tal cosa—contestóle su padre.

Por la noche, el cómplice del Primer Ministro, ocupando el puesto del enfermero de guardia, ver-

Y al quedar a solas con el Juez, Charles reveló su presagio.

Tengo motivos para creer que no llegaré a ver nunca el día de mi boda.



Charles contó decirle la verdad, y al reunírsele el Juez, se despidió de ella...

—¿Por qué, Charles, tienes ese temor?—inquirió intranquilo su futuro suegro.

—Porque preveo mi asesinato para la víspera del día de mi boda.

Un mozo que acababa de llevarse el baúl cargado de regalos, para facturarlos con otras cosas

a Nueva York, donde residirían, una vez casados, Molly y Charles, se detuvo junto a la puerta de las habitaciones de éste, y escuchó lo que decían en el interior. El mozo en cuestión era el Primer Ministro en persona.

El Juez reflexionó unos momentos sobre el augurio de Charles, y luego exclamó, animándole:

—¡Valor, Charles, y déjate de pesimismo! ¡Estamos en América, y aquí no suceden esas cosas! Se me ha ocurrido una idea. Nuestro amigo común el doctor, tiene un sanatorio particular cerca de aquí... Si ingresas en el secretamente ese día, estarás perfectamente custodiado y tu profecía no podrá cumplirse.

La idea fué aceptada por Charles, pero el Primer Ministro sabía demasiado...

El día tres de noviembre, Charles ingresó en el Sanatorio, en el cual pudo introducirse uno de los hombres a las órdenes del Primer Ministro.

Molly preguntó al Juez por Charles, que había desaparecido misteriosamente de su casa y del que sus padres adoptivos no sabían nada.

—Las jovencitas no deben ser tan preguntonas, hijita... No te preocupes. No ha huido por no casarse contigo. Te quiere demasiado para hacer tal cosa—contestóle su padre.

Por la noche, el cómplice del Primer Ministro, ocupando el puesto del enfermero de guardia, ver-

tió un narcótico en las comidas de Charles, y a poco, cuando éste empezaba a entregarse a los efectos del tóxico, penetraron en el dormitorio



— Si ingresas en el secretamente ese día, estarás perfectamente custodiado...

otros cómplices. Charles, reanimándose, no pudo hacerles frente. Eran demasiado número para él solo.

Conducido a la casita alquilada por los indostanos, el Primer Ministro, reproduciéndose fielmente la escena presentada por Charles, lo mandó asesinar,

La muerte del joven Rajá era inminente, pero en aquel crítico instante abrióse la puerta del aposento en que iba a cometerse el crimen, y aparecieron numerosos partidarios de Charles, al frente de los cuales iban el gran sacerdote, el general Devi Das Gadi y el príncipe Rajanya.

Los traidores fueron apresados, y como el Primer Ministro del Nabab de Dharmagar pretendiera huir, fué, inevitablemente, castigado con la muerte.

El gran sacerdote, acercándose solemnemente a Charles, pronunció:

—Sirdir Singh, Marajá de Dharmagar, hemos venido a buscaros para devolveros a la India.

Y dijéronle también el General y el Príncipe, emocionados:

—Alteza, ¿acaso os habéis olvidado de nosotros? Nosotros os trájimos aquí, y ahora hemos venido para llevaros al trono de vuestros mayores.

Aquella prueba de lealtad era muy hermosa, muy digna, pero a Charles no le interesaban los honores, sino el amor de Molly. Y contestó, rechazando lo que se le proponía:

—Ahora mi país es este. Mi felicidad está aquí.

El sacerdote le replicó con viveza:

—No hay minuto que perder. Nuestro yate está en la ensenada. La voluntad de Brahma es que regreséis a la patria.

—¿Por qué he de sacrificarme?—protestó Charles.

—No podéis repudiar vuestra herencia. ¡Si no regresáis en seguida a vuestra patria, vuestro pueblo perecerá bajo el yugo del tirano! ¡Como Arjuna, vuestro inmortal antecesor, habéis de preferir la felicidad de vuestro pueblo a vuestra propia felicidad!

Y Charles, ante tales manifestaciones, hubo de aceptar el sacrificio.

No pudo despedirse de nadie. No se lo permitieron, y para tranquilizar a todos, mandó al Juez, por ser el único que conocía su presentimiento, el siguiente telegrama:

Se cumplió la profecía pero me han respetado la vida. Me obligan a regresar a la India. Suplico a Molly me perdone. Explicaré lo sucedido oportunamente.—Charles.

¿Qué sería de Charles? ¿Qué de su amor?

El afán de salvar a su pueblo del yugo del tirano combatía la amargura que le causaba la forzada separación de su amada Molly.

Al llegar a Dharmagar, el pueblo vió en Charles a su salvador, y le honraron a su paso por las calles.

—¡Es el propio Krishna! ¡Viene a salvarnos!—decían los maltratados súbditos.

En palacio, el Nabab, al corriente de lo que sucedía, y sin que existiera para él la posibilidad de huir, prefirió darse muerte a ser ajusticiado en público.

Y el Rajá, el verdadero, subió al trono entre el júbilo y las bendiciones de su pueblo.

Pero Charles no se sentía feliz. Lo era su pueblo. Eso no compensaba su honda pena.

Los Ministros trataron de consolarle.

—Dejadme. Necesito estar solo—rogóles.

Y Charles, aquel día, como los anteriores, fué a pasear su melancolía por el jardín, mientras



Pero Charles no se sentía feliz.

los altos dignatarios al verle tan triste ante la convicción de la pérdida de su felicidad, sonreían... En todo habían pensado los Ministros... Pronto recibiría el Rajá una sorpresa...

En tanto Charles, deteniéndose al borde de un estanque, sintióse acometido del deseo de leer en el porvenir, y vió ¡oh maravilla! a Molly desposándose con él con gran pompa, celebrando el oficio el gran sacerdote del templo del Amor.

Y ello fué, para la felicidad de todos, una venturosa realidad.

FIN

COLECCION LISTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TÍTULOS SON
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Noé. — El triunfo de la
mujer. — El prisionero de Zenda. — El
joven Medardus. — Los enemigos de la
mujer. — Una mujer de París. — El Corsario.
— Para toda la vida. — Cyrano de
Bergerac. — De mujer a mujer. — La Her-
mana Blanca. — El milagro de los lobos.
„París...! Venganza de mujer.

Precio de cada libro:

UNA PESETA

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Empe-
rador. — Lirio entre espinas. — El que
recibe el bofetón. — Romula. — Janice
Meredith. — El Fantasma de la Opera.
El trono vacante. — El Cuid. — Madame
Sans-Gêne. — América. — Cuando las
mujeres aman. — El Capitán Blood. Más
fuertes que su amor. — Ella... — Dema-
siadas mujeres. — Nobleza baturra.
Cenizas de odio

EL RAJÁ DE DHARMAGAR

Precio: 50 cts.

PRÓXIMO NÚMERO

¡Acontecimiento!

EL DIFUNTO MATÍAS PASCAL

A adaptación cinematográfica

de la célebre obra del genial autor italiano

LUIS PIRANDELLO

Protagonista:

IVAN MOSJOUKINE

Director:

MARCEL L'HERBIER

Otro próximo número: OTRO ÉXITO

LA MARCA DE FUEGO

Por Pola Negri, Jack Hall, Charles

de Roche

! LO MEJOR DE LO MEJOR !

SEA USTED COLECCIONISTA DE L. G. F. I.

IMPORTANTE

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirá un depósito de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de comprar las colecciones !!

IMPORTANTE

A los corresponsales

Con el fin de que puedan contar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarlos, momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbard, 16, Barcelona; Ferraz, 21, Madrid; Ferrocaril, 20, León.

